

22. "Todo sea común a todos"

Otro aspecto que hace crecer en la unidad del Cuerpo de Cristo es la comunión de los bienes. Nos parece quizás un nivel de unidad más bajo que el de la voluntad y el servicio mutuo, pero de hecho es en este aspecto que los primeros cristianos parecen haber insistido más, subrayando cómo compartir las riquezas materiales entre los miembros de la Iglesia era una señal particularmente atractiva para los paganos, tal vez por lo excepcional que es.

Por otro lado, San Benito se refiere directamente al ejemplo de la primera comunidad de Jerusalén cuando pide a sus monjes vivir la pobreza o, mejor, la no apropiación de bienes: "Que todo sea común para todos, como está escrito" (RB 33,6). De hecho, cita los Hechos de los Apóstoles, donde describen la primera comunidad como un lugar de comunión de corazones y bienes: "El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma: nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía, pues lo poseían todo en común." (Hch 4,32)

Es significativo e impresionante que los Hechos de los Apóstoles pasen inmediatamente de la unión de los corazones y las almas a la comunión de los bienes materiales. Esto revela no solo una conciencia muy precisa de la fe, sino también de la naturaleza del hombre. La fe en Cristo, si es de verdad, no cambia solo los corazones y las almas, sino toda la persona y todas las expresiones de la persona.

El hombre se revela como un todo, como una persona en relación, compuesta de espíritu, alma y cuerpo. Por eso, no es nada extraño hablar inmediatamente de la comunión de bienes cuando se habla de una comunión de corazones y almas, porque si se detuviera en la comunión espiritual, no solo se limitaría el valor y la influencia de la fe en la vida, sino que también se reduciría el hombre, se cortaría en pedazos, reduciendo su naturaleza e identidad.

Este enfoque se vuelve aún más claro y explícito en la Regla de San Benito, especialmente en el capítulo 33 que indiqué más arriba: "Hay un vicio que por encima de todo se debe arrancar de raíz en el monasterio, a fin de que nadie se atreva a dar o recibir cosa alguna sin autorización del abad, ni a poseer nada en propiedad, absolutamente nada (...) puesto que ni siquiera les está permitido disponer libremente ni de su propio cuerpo ni de su propia voluntad. Porque todo cuanto necesiten deben esperarlo del padre del monasterio, y no pueden lícitamente poseer cosa alguna que el abad no les haya dado o permitido. «Sean comunes todas las cosas para todos», como está escrito, y «nadie diga o considere que algo es suyo» (Hch 4,32)" (RB 33,1-6).

Para la sensibilidad actual, estas palabras son, con toda seguridad, inaceptables. ¿Cómo no considerar un abuso de poder el hecho de negar a las personas el derecho a la libertad de la voluntad y el derecho a la propiedad? ¿No son estas las características de los regímenes totalitarios?

En realidad, San Benito, siguiendo a Jesús, desea introducirnos en una experiencia de libertad y posesión mucho mayor que la que ofrece el mundo. Su preocupación es que seamos verdaderamente libres y verdaderamente felices. Y es precisamente de la fe en Cristo, que renunció a su voluntad para obedecer al Padre hasta la muerte y

se dejó despojar de todo, incluso de la vida, de donde Benito toma conciencia de que uno no puede ser verdaderamente libre y tener una relación correcta con las cosas y las personas, sino por medio de la caridad, a través de un don gratuito.

Pero para comprender esto, San Benito sabe que es necesario experimentarlo. ¿Cómo podemos entender que "hay más gozo en dar que en recibir", como San Pablo pone en boca de Jesús (cf. Hch 20,35), si uno no lo experimenta? La alegría nunca es fruto del razonamiento, o el resultado de un proceso calculado. Siempre es una sorpresa. Lo que podemos acoger de los otros, especialmente de los santos, es el testimonio de que la alegría está vinculada a un cierto tipo de experiencia y, por lo tanto, a las elecciones que nos permiten tenerla. Jesús y los santos dan testimonio, en particular, de que "hay más alegría en dar que en recibir". Nos invitan a experimentar este "dar" para descubrir una plenitud de vida que de otro modo sería imposible. Al final, toda la Regla de San Benito, guiada por el Evangelio, es una invitación a tener un cierto tipo de experiencia, a hacer un cierto tipo de camino, prometiéndonos una alegría que se puede experimentar ya ahora y que será plena en el Cielo.

San Benito es muy severo en lo relativo a la propiedad privada de las cosas, incluso de una cosa pequeñísima, como un "lápiz - *graphium*" (RB 33,3), comparable hoy a un bolígrafo de plástico, que vale dos céntimos: o te lo dan gratis. La Regla utiliza por tres veces la durísima expresión "*radicitus amputare* - cortar de raíz" (cf. RB 2,26; 33,1; 55,18), refiriéndose a los vicios de los monjes, que el abad debe extirpar como la mala hierba que, si no se cortan de raíz, siempre volverán a aparecer. Y casi siempre se trata del vicio de poseer las cosas, de querer poseerlas para sí.

¿Por qué esta severidad? El deseo de San Benito no es hacer justicia, hacernos respetar la ley, sino liberarnos de algo que aprisiona nuestro corazón y nos hace infelices. San Benito es un apasionado de nuestra felicidad. Si es exigente y severo, es solo por esto. En resumen, nos ama, quiere nuestro verdadero bien. Las cosas que no poseemos para el bien de todos sofocan nuestros corazones, atan nuestra libertad impidiendo que se convierta en amor. Lo que tenemos en nuestras manos cerradas nos impide dar vida, estar verdaderamente vivos. La posesión cerrada de cualquier bien en nosotros es como una lápida sobre nuestra vida y sobre nuestra libertad de amar. Nos enterramos vivos bajo los bienes materiales. Y permanecemos solos, no formamos unidad con los demás. El uso y la posesión egoísta de los bienes se convierte en un muro que nos separa de los demás.

Es como los muros que el egoísmo de los poderosos de hoy quiere construir para no compartir el bienestar con las personas más pobres. Teóricamente se necesita la misma cantidad de ladrillos y cemento para construir muros que para construir puentes. Pero los muros se construyen cuando alguien dice "mi cemento" y "mis ladrillos". En cambio, los puentes, cuando el mismo cemento, los mismos ladrillos, los ponemos en común con quien está al otro lado, los llamamos "nuestros" junto con ellos, los ponemos al servicio de un trabajo común, solidario, para que también los bienes materiales se transformen en instrumentos de comunión, de encuentro, de unidad, para el bien y la alegría de todos, especialmente de aquellos que dan en lugar de querer siempre, y solamente, recibir y poseer para sí mismos.